

Artículos

Artículos	Página
Editorial: Año Nuevo, lo Mismo	1
Nuestro Dios Insondable, pte 3	2
Moisés, Hombre de Dios, pte 4	3
La Marvillosa Creación de Dios	5
Esperando al Hijo	7
Los Seres Queridos del Señor	8

Año Nuevo, lo Mismo de Siempre

Joel Portman

Mal. 3:6 «Yo soy el Señor, y no cambio...».

Hebreos 13:8 «Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos».

Eclesiastés 8:11 «Porque la sentencia contra una obra mala no se ejecuta rápidamente, por eso el corazón de los hijos de los hombres está completamente decidido a hacer el mal».

Una vez más, entramos en un nuevo año y nos preguntamos cómo es posible que hayamos llegado a 2026 y el Señor aún no haya venido. Pedro nos da una respuesta en 2 Pedro 3:9: Él es «paciente, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento» y en el versículo 15: «...considerad que la paciencia de nuestro Señor es salvación». Aunque hemos entrado en otro año desde que nuestro glorioso Señor nos dejó la promesa de su regreso, Él tiene razones por las que no ha venido a llevarse consigo a sus santos que le esperan, y esa promesa sigue siendo verdadera y cierta. Puede que sea un año nuevo, pero su antigua promesa sigue siendo la misma: «He aquí, yo vengo pronto». (Apocalipsis 22:7, 12, 20). Él no ha cambiado, su promesa no ha cambiado, sus propósitos no han cambiado, y nuestra bendita esperanza sigue siendo la misma (Tito 2:13). El mundo puede cambiar, como siempre lo hace, pero en esencia sigue siendo el mismo, con una actitud inalterable de hostilidad hacia Dios, contra Cristo y contra todos los que se identifican con ese bendito Nombre («No os maravilléis, hermanos míos, si el mundo os odia», 1 Jn. 3:13).

Parece que la humanidad se está volviendo más malvada y antagónica hacia los principios y las personas divinas, pero es solo la expresión externa del estado interno inmutable e irremediable de la naturaleza pecaminosa del hombre. Históricamente, las normas morales de la sociedad cambian, a veces

siendo más rectas y propicias para la estabilidad en la vida, el matrimonio, el hogar y la vida pública, antes de caer en manifestaciones más degradadas y violentas del corazón rebelde del hombre. Parece que en nuestros días, la demostración del espíritu desenfrenado del hombre en su comportamiento violento es cada vez más evidente, pero solo nos recuerda lo que la Palabra de Dios dice que era la norma en los días de Noé (Génesis 6:11-12) y lo que el Señor predijo que existiría antes de su venida (Lucas 17:26-30). Solo podemos imaginar cómo será este mundo en ese período de tribulación en el que parecen prevalecer la anarquía y el derramamiento de sangre (Apocalipsis 6:4). Pablo advirtió a Timoteo sobre las condiciones de los últimos días (2 Timoteo 3:1-8) y parece que nos estamos acercando a ese estado, si es que no estamos ya en él. No, el tiempo pasa, el calendario cambia, pero el corazón del hombre sigue dispuesto a hacer el mal continuamente porque la idea del juicio divino está lejos de sus mentes y «no hay temor de Dios delante de sus ojos» (Romanos 3:18).

Pero, por otro lado, nuestro Dios es el mismo que siempre ha sido. Sus normas nunca han cambiado, su carácter sigue siendo el mismo, su amor por los hombres no ha cambiado, sus propósitos se están cumpliendo y aún pondrá a su Rey en su santo monte de Sion (Sal. 2). Él es el Dios del tiempo y de la eternidad, y los «tiempos y las estaciones» están en Su mano (Hechos 1:7, 1 Tes. 5:1-2). Puede parecer que la causa de Cristo está fracasando y que no hay esperanza cristiana, pero eso no puede ser, porque Su objetivo es firme. El Salmo 2 es una gran fuente de aliento, ya que declara desde el lado de Dios que el hombre y su gobierno pueden enfurecerse y planear

Lo alentamos a que usted imprima cualquier artículo que desee de "Verdades para Nuestros Días", ya sea para usted mismo o para pasarlo a otros creyentes. Nada tiene derechos de autor (Copyright), pero sí le solicitamos que usted copie los artículos completos y los imprima tal como aparecen para exactitud, y que usted dé reconocimiento al autor de cada artículo.

Nosotros también esperamos que usted dé a conocer a otros acerca de "Verdades para nuestros Días", y que los aliente a suscribirse. Ellos pueden hacerlo simplemente enviando un correo electrónico a truthsforourday@gmail.com

¡Muchas gracias!

Puede encontrar el índice de artículos en el sitio:
Verdadesparanuestrosdias.com

contra el Señor, PERO Sus propósitos se cumplirán. Él aún recibirá gloria y honor en Su mundo y Su glorioso Hijo aún gobernará para Dios en esta escena (1 Cor. 15:25). En Salmos 11:4, cuando otros instaron a David a huir del peligro y la angustia, su respuesta fue la misma que nosotros deberíamos expresar: «El Señor está en su santo templo, el trono del Señor está en los cielos; sus ojos ven, sus párpados examinan a los hijos de los hombres». Habacuc expresó lo mismo en un momento similar de angustia e incertidumbre: «Pero el Señor está en su santo templo; toda la tierra guarde silencio delante de él». Mientras tanto, el Espíritu busca mover a los hombres a reconciliarse con el Hijo mientras aún hay tiempo (Sal. 2:12). Pero «la paciencia de Dios puede agotarse algún día y dejar tu alma triste en la destrucción...». El tiempo avanza hacia su consumación y Su juicio es tan seguro como siempre lo ha sido. El viejo dicho sigue siendo cierto: «Las ruedas del juicio de Dios muelen lenta pero seguramente». Él nunca se apresura a juzgar, pero es seguro que lo hará. ¡Qué importante es estar del lado correcto, sabiendo que la paz que nuestro bendito Señor nos aseguró sigue siendo la misma y que podemos descansar en la certeza de Su Palabra!

Y se nos recuerda que Su Palabra nunca ha cambiado. Los hombres han golpeado con sus martillos el sólido yunque de la Palabra de Dios durante siglos, pero aunque los martillos se han desgastado, el yunque sigue en pie. Es la «roca inmutable» sobre la que descansamos. Es el bálsamo para las almas atribuladas. Es la corriente refrescante de la verdad divina que barre las mentiras de este mundo engañoso. Es el faro de la seguridad que brilla a través de la niebla y las nubes de esta escena oscura (2 Pedro 1:19). Su Palabra convence de pecado, advierte del peligro, dirige al Refugio y calma el espíritu de los creyentes de hoy, tal como lo ha hecho desde el principio de los tiempos. Es una expresión de la mente del cielo, y la verificación de su verdad es esencial para mantener el honor de Aquel que la ha dado («Adoraré hacia tu santo templo, y alabaré tu nombre por tu misericordia y por tu verdad, porque has engrandecido tu palabra por encima de todo tu nombre», Sal. 138:2).

Sus mandamientos para nosotros nunca han cambiado. Debemos obedecer Su Palabra, amar a los hermanos, honrar al gobierno humano (1 Pedro 2:17), andar humildemente delante del Señor (Miqueas 6:8), mostrando misericordia y bondad a todos los hombres, así como el Espíritu de Dios busca obrar en nuestras vidas el fruto de Su presencia interior (Gálatas 5:22-23). Que sigamos adelante con seguridad y confianza en nuestro Dios inmutable hasta que lo veamos cara a cara... ¡quizás hoy mismo!

«Mi amor es a menudo débil, mi alegría sigue fluctuando,
pero la paz con Él permanece igual,

Jehová no conoce el cambio.

Yo cambio, Él no cambia, Cristo nunca puede,
Su amor, no el mío, es el lugar de descanso,
Su verdad, no la mía, es el vínculo».
N.º 255 BHB, Horatius Bonar

Nuestro Dios Insondable, parte 3

C. Jones (Gales)

Capaz de Hacer Mucho Más Abundantemente, Ef. 3:20

Estas palabras dan la impresión de que Pablo está llevando el lenguaje humano al límite para transmitir lo que Dios puede hacer y hará, para su gloria y nuestra bendición eterna. ¡Dios es verdaderamente «capaz de hacer mucho más abundantemente de lo que pedimos o pensamos»! Ef. 3:20. Dios tiene infinitamente más y mejores bendiciones que otorgarnos de las que nuestras esperanzas y aspiraciones pueden alcanzar, y más de lo que podemos pensar o imaginar. Se nos dice que «todo es posible para Dios» (Mateo 19:26) y que «mayor es el que está en vosotros que el que está en el mundo» (1 Juan 4:4).

El Señor «puede también salvar por completo a los que por medio de él se acercan a Dios, ya que vive para siempre para interceder por ellos» Hebreos 7:25. Dios proporciona una salvación completa. Él salva del castigo y la culpa del pecado (Efesios 2:8); del poder del pecado (Romanos 6:14) y, en última instancia, cuando nos lleve para estar con Él para siempre, seremos salvados de la presencia del pecado (1 Juan 3:2).

Pablo escribió: «Él es poderoso para guardar lo que le he encomendado hasta aquel día», 2 Timoteo 1:12. En esta declaración, Pablo reveló su completa confianza en el Dios que conocía, amaba y servía. Su fe, como la de todo creyente que confía completamente en Dios, glorificaba a Dios.

Dios es «capaz de hacer que toda gracia abunde hacia vosotros, para que, teniendo siempre en todas las cosas toda suficiencia, abundéis en toda buena obra», 2 Corintios 9:8. Dios nos colma de gracia y pone en nosotros el deseo de hacer buenas obras, Efesios 2:10. Él nos proporcionará todo lo que necesitamos para hacer Su voluntad.

El Señor «puede socorrer a los que son tentados» (Hebreos 2:18). El Señor, que no pecó ni pudo pecar (2 Corintios 5:21; 1 Pedro 2:22; 1 Juan 3:5), sabía lo que era ser tentado por Satanás. Tenemos que resistir las tentaciones, pero no había nada en el Señor que respondiera a las tentaciones (Juan 14:30). Sin embargo, el Señor, siendo santo,

sufrió cuando se le presentaron pruebas y «por cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados» (Hebreos 2:18), y «no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado» (Hebreos 4:15).

El Señor «puede someter todas las cosas a sí mismo» (Fil. 3:21). Tal es el poder de Dios que un día dará a los creyentes un cuerpo transformado que no se verá afectado por el envejecimiento, el dolor o la muerte. Estaremos con Él para siempre. Su poder someterá todas las cosas para que su perfecta voluntad se haga en toda la creación.

Dios es «capaz de guardaros sin caída y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran gozo» (Judas 24). Si nos valemos del poder del Espíritu Santo que mora en cada creyente (1 Corintios 6:19), seremos guardados del pecado. Un día, debido a la eficacia eterna de la obra consumada en la cruz del Señor Jesucristo, seremos presentados ante su gloriosa presencia con gran gozo.

El estudio y la meditación de las verdades presentadas a los creyentes en la Palabra de Dios producirán sentimientos inexpresables de asombro y admiración, y de amor y gratitud hacia Dios. Reflexionar sobre estas verdades eternas nos llevará a apreciar más la maravilla de Dios y la preeminencia y suficiencia del Señor Jesucristo. Todos los pensamientos que surjan de tal meditación estimularán un deseo cada vez mayor de adorar, alabar y servir a Dios de acuerdo con su perfecta voluntad.

David, un hombre según el corazón de Dios, Hechos 13:22, escribió el Salmo 139. Escribió sobre el Dios todopoderoso que conocía y amaba. David reveló su cercanía a Dios y su conciencia de la presencia constante del Dios eterno. Su conocimiento de Dios y de la majestad trascendente de Dios abrumó a David, y el salmo transmite los sentimientos de asombro y maravilla que David experimentó cuando meditó en Dios. La reverencia debida a Su nombre impregna el salmo. El temor reverencial de David hacia el Dios todopoderoso, omnisciente y omnipresente hizo que David, el hombre que había matado a un león, un oso y a Goliat, 1 Samuel 17:36; 21:9, se inclinara en adoración, sumisión completa y alegre y adoración.

La adoración a Dios es tanto un privilegio como una responsabilidad, y es la actividad más elevada y maravillosa en la que puede participar un creyente. Nuestra adoración a Dios depende de nuestro aprecio por Él. Dios es insondable y solo puede ser comprendido y apreciado de forma muy limitada por las mentes humanas finitas, a pesar de que nos ha bendecido revelándose graciosamente en Su Palabra escrita y en y a través del Señor Jesucristo. Dios debe ser adorado, y «los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque el Padre busca a

tales adoradores» (Jn 4:23). A medida que, por gracia, aprendemos más y más acerca de Dios y le servimos de maneras aceptables para Él, entonces nuestra adoración, guiada por el Espíritu Santo y ofrecida en y a través del nombre del Señor Jesucristo, se elevará a alturas que nunca hubiéramos creído posibles. Bien podríamos decir: «Bendice, alma mía, al Señor, y todo lo que hay en mí bendiga su santo nombre» (Sal. 103:1).

Moisés: Hombre de Dios, pte 4

Alan Davidson

Moisés en la frontera

Moisés dijo: «Cuando los envié desde Cades-barnea para ver la tierra... subieron al valle de Escol y vieron la tierra, y desanimaron el corazón de los hijos de Israel, para que no entraran en la tierra que Jehová les había dado» (Números 32:8-9). «Así vemos que no pudieron entrar por causa de su incredulidad» (Hebreos 3:19).

Moisés fue testigo del poder y la provisión de la mano de Dios cuando el pueblo fue bendecido con la liberación de Egipto, dándoles la columna de nube para guiarlos, el paso seguro a través del Mar Rojo y la bendición en Mara y Elim. Estas fueron pruebas de dependencia. La provisión del maná, el agua de la roca golpeada, la victoria en el conflicto con Amalec, la entrega de la Ley y las ofrendas en el Tabernáculo, fueron pruebas de obediencia. Esto se corresponde, en el Nuevo Testamento, con la transición de los abundantes triunfos del libro de los Hechos a las doctrinas y responsabilidades prácticas de las Epístolas.

En Cades-barnea, el pueblo rechazó la promesa de Dios. Fue la prueba de la fe. La fe considera que las promesas de Dios ya se han cumplido. Por lo general, los «gigantes» más grandes somos nosotros mismos y nuestra incredulidad. «Todos los hijos de Israel murmuraron contra Moisés y contra Aarón» (Números 14:2). «Toda la congregación ordenó apedrearlos» (Números 14:10). «Y el Señor dijo a Moisés: ¿Hasta cuándo provocará este pueblo mi ira?» (Números 14:11). «Yo los heriré con pestilencia y los desheredaré, y haré de ti una nación más grande y más poderosa que ellos» (Números 14:12).

«Ahora bien, Moisés era un hombre muy manso, más que todos los hombres que había sobre la faz de la tierra» (Números 12:3). Con una actitud de mansedumbre, humildad y oración, Moisés sufrió sin quejarse. Demostró fortaleza ante la provocación. Incomprendido, tergiversado, incluso mientras sufría un sarcasmo mordaz, permaneció en silencio. Cuando las palabras de Miriam se convirtieron en lepra, «Moisés

clamó al Señor, diciendo: Sánala ahora, oh Dios» (Números 12:13). Decepcionado con su hermana y su hermano, rechazado por el pueblo al borde de la gran oportunidad de cumplir la obra de su vida, se negó a convertirse en otro Abraham para liderar una «nación más grande». Antepuso la gloria del Señor a su propia gloria. Aceptó la disciplina de cuarenta años de vagar por el desierto con desinterés para que la nación de Israel fuera preservada y el honor de Dios fuera defendido ante las otras naciones.

Al regresar a Cades después de las peregrinaciones por el desierto, no había agua para la congregación; «Y el pueblo (una nueva generación) se quejó contra Moisés» (Números 20:2-3). Dios le dijo a Moisés: «Toma la vara... y habla a la roca delante de ellos» (Números 20:8). Moisés les dijo: «Oíd ahora, rebeldes: ¿os traeremos agua de esta roca? Y Moisés alzó su mano y golpeó la roca dos veces con su vara, y salió agua en abundancia» (Números 20:10-11). En las aguas de Meribá, con este acto de imprudencia e irritación, repetido dos veces en público, Moisés disminuyó la gloria de Dios, a quien había servido tan fielmente durante casi cuarenta años. «El Señor habló a Moisés y a Aarón, diciendo: Por cuanto no me creísteis, para santificarme ante los ojos de los hijos de Israel, por eso no haréis entrar a esta congregación en la tierra que les he dado» (Números 20:12). El fracaso público en el liderazgo y el ejemplo de comportamiento ante el pueblo del Señor son pecados graves que Dios no pasará por alto en la asamblea de hoy. Jehová cuidará de su propia gloria. «También le provocaron ira en las aguas de Meriba, de modo que Moisés padeció por causa de ellos, porque provocaron su espíritu, de modo que habló precipitadamente con sus labios» (Salmo 106:32-33).

Moisés y su Entierro

Dios, en su gobierno, mantuvo a Moisés fuera de Canaán. Dios, en su gracia, llevó a Moisés al Pisga y «el Señor le mostró toda la tierra» (Deuteronomio 34:1-2). Desde Dan hasta el mar más lejano, Moisés probablemente vio más de la tierra de la que Josué jamás poseyó. Moisés subió al monte Pisga, de 4500 pies de altura, a la edad de ciento veinte años. «Su vista no se había debilitado, ni su fuerza natural había disminuido» (Deuteronomio 34:7). Pasó dos tercios de su vida en las montañas, desde Horeb hasta Sinaí, Hor y Pisga, y luego al Monte de la Transfiguración. Era mejor entrar en la tierra en compañía del Señor que entrar en la tierra en compañía de Israel.

Ahora estaba listo para partir. Tuvo un buen final. Con la dignidad del estadista, la firmeza del siervo y la ternura del pastor, murió solo con Dios. Como siervo de Dios, a su orden se retiraron los vientos, brotaron las aguas y se separaron y se unieron los mares. Ahora su majestuoso espíritu descansa en paz, sin ojos humanos que lo contemplan, sin pies que

invadan su serena tranquilidad. En la soledad, Jocabed, Miriam y Aarón se han ido, incluso Josué ya no está con él, pues Dios lo enterró.

Su entierro no fue delegado a manos inferiores. Dios marca la tumba donde el polvo de su siervo se mezcla con el polvo de la tierra. «El arcángel Miguel, cuando disputaba con el diablo, discutió acerca del cuerpo de Moisés» (Judas 9). Este precioso polvo no será pasado por alto cuando se oiga la voz del arcángel (Daniel 12:1-3).

Moisés como tipo de nuestro Señor Jesucristo

Moisés dijo: «El Señor tu Dios te levantará un profeta de entre tus hermanos, como a mí; a él oiréis» (Deuteronomio 18:15). «Cuando vieron la señal que

Jesús había hecho (alimentar a los cinco mil), dijeron: Este es verdaderamente el profeta que había de venir al mundo» (Juan 6:14).

«Moisés» era un niño «apuesto», «agradable» a Dios en la casa de su padre (Éxodo 2:2).

«Teniendo, pues, un solo Hijo, a su amado, lo envié» (Marcos 12:6).

«Moisés» nació de padres pobres bajo la opresión y crueldad del faraón.

El Señor Jesús conoció la pobreza al nacer, durante la tiranía de Herodes.

«Moisés» fue perseguido y condenado a muerte al nacer.

Cuando nació el Señor Jesús, buscaron «al niño para matarlo» (Mateo 2:13).

«Moisés» fue milagrosamente preservado al nacer, mientras que otros fueron asesinados por el faraón en Egipto.

Jesús, con José y su madre, huyó a la misma tierra de Egipto cuando Herodes buscaba matar al niño.

«Moisés» salió a sus «hermanos» y fue rechazado (Éxodo 2:11).

Cristo fue «hecho semejante a sus hermanos» (Hebreos 2:17). «Vino a los suyos, y los suyos no le recibieron» (Juan 1:11).

«Moisés» era un humilde pastor rechazado (Éxodo 3:1).

Jesucristo era un carpintero en la despreciada Nazaret (Marcos 6:3).

«Moisés» convirtió el agua en sangre ante los ojos del faraón (Éxodo 7:20).

Señor, en las bodas de Caná, al comienzo de los milagros, convirtió el agua en vino (Juan 2:9).

«Moisés» ayunó durante cuarenta días en el desierto del Sinaí.

El Señor ayunó cuarenta días en el desierto de Judea.

«Moisés» «rechazó ser llamado hijo de la hija del faraón» (Hebreos 11:24).

Señor rechazó la oferta del diablo de «los reinos del mundo y la gloria de ellos» (Mateo 4:8).

«Moisés» fue el fiel «siervo» de Dios (Números 12:7).

El Señor «tomó la forma de siervo» (Filipenses 2:7).

«Moisés» «engendró» hijos entre los gentiles (Hechos 7:29).

La verdadera Luz no fue recibida por los suyos (la nación judía), «pero a todos los que le recibieron (judíos y gentiles), les dio poder de ser hechos hijos de Dios» (Juan 1:12).

«Moisés» fue utilizado por Dios para liberar a Israel de la esclavitud egipcia.

Cristo es el Libertador de «la esclavitud de la corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios» (Romanos 8:21).

«Moisés extendió su mano sobre el mar» (Éxodo 14:21). Las aguas se dividieron por mandato de Dios.

El Señor mandó al viento y a las olas, y dijo: «Calla, enmudece» (Marcos 4:39).

«Moisés» hablaba con Dios «cara a cara... y veía la semejanza del Señor» (Números 12:8).

Juan el Bautista declaró: «Nadie ha visto jamás a Dios; el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer» (Juan 1:18).

El rostro de «Moisés» resplandecía, «de modo que los hijos de Israel no podían fijar la vista en el rostro de Moisés por la gloria de su rostro, la cual había de desaparecer» (2 Corintios 3:7).

El Señor Jesucristo ha revelado plena y definitivamente a Dios: «Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo» (2 Corintios 4:6). El Señor se transfiguró en el monte santo: «Y su rostro resplandeció como el sol» (Mateo 17:2).

«Moisés» alimentó al pueblo con maná del cielo (Éxodo 16:15).

El Señor dijo: «Yo soy el pan de vida» (Juan 6:35).

«Moisés» golpeó la roca y Dios les dio agua (Éxodo 17:6).

Esa roca era Cristo» (1 Corintios 10:4). «Jesús se puso de pie y clamó, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba» (Juan 7:37).

«Moisés», en intercesión en la cima de la colina con la mano levantada, vio a Israel prevalecer abajo (Éxodo 17:11).

Cristo, nuestro Sumo Sacerdote glorificado, cuya mano nunca se cansa, intercede por nosotros (Hebreos 9:24).

«Moisés», «Ahora bien, Moisés era un hombre muy manso» (Números 12:3).

Jesús dijo: «Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mateo 11:29).

«Moisés» murió; Dios lo enterró, pero se apareció a Pedro, Santiago y Juan en «el monte santo» (2 Pedro 1:18).

Cristo murió, fue sepultado, resucitó y se apareció a los discípulos en «el monte que Jesús les había indicado» (Mateo 28:16).

Moisés fue recibido por el pueblo en su segunda venida. «A este Moisés, a quien ellos rechazaron diciendo: ¿Quién te ha puesto por jefe y por juez? a éste envió Dios por jefe y libertador» (Hechos 7:35).

«Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan» (Hebreos 9:28).

Aproximadamente 1500 años antes de la venida de nuestro Señor Jesucristo, Dios levantó a Moisés para que fuera profeta (Deuteronomio 34:10); maestro de la ley (Juan 1:17); juez (Éxodo 32:20); árbitro (Éxodo 32:26); mediador (Éxodo 32:30); un intercesor (Éxodo 32:31-32); un líder (Deuteronomio 33:29); un gobernante y un libertador (Hechos 7:35).

«Y Moisés fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo, para dar testimonio de lo que se iba a decir después» (Hebreos 3:5). Moisés era un «siervo» (de alto rango, administrador, término que solo se usa aquí en el Nuevo Testamento), lo que indica una posición de gran responsabilidad con respecto a las «cosas mejores» de las que se habla de Cristo en Hebreos. «El cual fue fiel al que lo nombró, como también Moisés fue fiel en toda la casa de Dios. Porque este hombre (Cristo) fue considerado digno de más gloria que Moisés» (Hebreos 3:2-3).

La Maravillosa Creación de Dios

Génesis 1:1

Carlos Cariñas

A lo largo de la historia, nuestro mundo ha conocido muchas mentes brillantes y dedicadas que han pasado años de sus vidas buscando explicaciones para los maravillosos fenómenos que presenciamos a diario. Han tratado de desentrañar el misterio de la vida en los animales, las plantas y los seres humanos. Ha sido un reto inmenso descubrir cómo surgió nuestro asombroso universo, cómo apareció el primer ser humano y cómo se extendió la humanidad por la tierra.

Hace varias décadas, un distinguido sacerdote y físico belga, reconocido como pionero en cosmología, propuso lo que denominó la teoría del Big Bang. A través de ella, trató de explicar el origen del universo como resultado de una explosión masiva. Sin embargo, a pesar de la sofisticación de su razonamiento, no pudo explicar de manera convincente cómo surgió la gran diversidad de estrellas, ni las características únicas de nuestro planeta, incomparables con las de cualquier otro del sistema solar.

Cualquier estudiante de secundaria o preuniversitario se siente inevitablemente fascinado cuando aprende sobre las galaxias y, especialmente, sobre nuestro sistema solar. Es realmente notable ver cómo cada planeta gira alrededor del Sol, el gran centro del sistema. Aún más intrigante es el hecho de que estas órbitas no son perfectamente circulares, sino elípticas, alargadas como la forma de un huevo. Además, la Tierra gira sobre un eje interno invisible. Al girar alrededor del Sol y simultáneamente sobre su propio eje, la Tierra se encuentra dos veces al año más cerca del Sol y dos veces más lejos, lo que produce el cambio de estaciones. La inclinación y la rotación del planeta también explican por qué, mientras un hemisferio experimenta el calor del verano, el lado opuesto soporta el frío del invierno. En el hemisferio norte, la estación más fría se extiende desde mediados de noviembre hasta febrero, mientras que, al mismo tiempo, el hemisferio sur disfruta de un caluroso verano. Tal armonía no puede explicarse con meras fórmulas matemáticas o especulaciones fortuitas, sino que apunta claramente a una mente suprema e inteligente que lo diseñó y lo sostiene todo.

Pero las maravillas de nuestro mundo no terminan ahí. Muchas maravillas escapan a nuestra atención, ya sea porque las damos por sentadas o porque no las conocemos. Tomemos, por ejemplo, el oso polar, esa enorme criatura que habita entre el hielo y la nieve. Al observarlo, surge una pregunta obvia: ¿cómo sobrevive en temperaturas tan extremas? Los zoólogos explican que su pelaje blanco está compuesto, en realidad, por pequeños cilindros huecos que actúan como prismas, descomponiendo los rayos

del sol y canalizando su energía hacia la piel. La piel del oso no es blanca, sino negra, y absorbe el calor transmitido a través del pelaje. Debajo de él, una gruesa capa de grasa funciona como un motor térmico, conservando el calor. Irónicamente, la mayor amenaza para el oso polar no es morir congelado, sino el sobrecalentamiento cuando se esfuerza demasiado.

Igualmente maravilloso es el mango. Después de la temporada de fructificación, caen muchas hojas viejas. Con las lluvias, las puntas de las ramas brotan con pequeñas flores blanquecinas, seguidas pronto por brotes rojizos que se convierten en hojas anchas. Estas pasan gradualmente de un color marrón rojizo a amarillento, hasta adquirir el tono verde intenso que caracteriza al árbol, hasta que llega el siguiente ciclo de fructificación.

¿Y qué podemos decir del extraordinario y complejo sistema de la vida humana? Cada día seguimos descubriendo nuevos misterios sobre nuestro propio cuerpo. ¿Pueden tales maravillas ser realmente producto del azar? ¿Podemos atribuir honestamente la complejidad de nuestras células, órganos y la perfecta cooperación entre ellos a meros accidentes o procesos espontáneos?

El apóstol Pablo da la respuesta en su carta a los colosenses: «El Hijo es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda la creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, las visibles y las invisibles, sean tronos, sean soberanías, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten» (Colosenses 1:15-17).

El rey Salomón se hace eco de esta verdad en Eclesiastés: «He visto la carga que Dios ha puesto sobre la raza humana. Él ha hecho todo hermoso en su tiempo. También ha puesto la eternidad en el corazón humano; sin embargo, nadie puede comprender lo que Dios ha hecho desde el principio hasta el fin» (Eclesiastés 3:10-11).

El libro del Génesis comienza afirmando que, en el principio, un Ser inteligente y poderoso —a quien conocemos como Dios— creó todos los elementos de nuestro universo, nuestro planeta y todos los seres vivos. El apóstol Juan, en su Evangelio, nos enseña la misma verdad: «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios. Por medio de él fueron hechas todas las cosas; sin él no se hizo nada de lo que ha sido hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de toda la humanidad... El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Juan 1:1, 3-4, 14).

Estas palabras resuenan con el testimonio de Pablo a los colosenses. Al reflexionar sobre el milagro de la concepción, el crecimiento y el nacimiento de cada vida humana, no podemos evitar sentirnos conmovidos por el asombro y la adoración. Dios, en su amor infinito, entregó a su único Hijo para llevar a cabo

la obra de la redención, para todos los seres humanos que reconocen su pecaminosidad y separación de Dios y aceptan a Jesucristo como Señor y Salvador. Esta es quizás la mayor de todas las maravillas de Dios: que el Justo murió por los injustos, llevando en su propio cuerpo el castigo que merecían nuestros pecados, para reconciliarnos con Dios y concedernos la vida eterna en su gloria.

Esperando al Hijo

C.H. Mackintosh

Apocalipsis 1: 5-7

En una época como la actual, en la que el conocimiento sobre cualquier tema está tan ampliamente difundido, es muy necesario insistir en la conciencia del lector cristiano sobre la gran diferencia que existe entre simplemente creer en la *doctrina* de la segunda venida del Señor y esperar realmente su aparición (1 Tesalonicenses 1:10). Muchos, ¡ay!, sostienen y, tal vez, predicán con elocuencia la doctrina de una segunda venida, pero en realidad no conocen a *la Persona* cuya venida profesan creer y predicar. Este mal debe ser fielmente señalado y tratado. La actualidad es una era de conocimiento, de conocimiento religioso; pero, ¡ay, lector mío!, el conocimiento no es vida, el conocimiento no es poder, el conocimiento no libera del pecado, ni de Satanás, ni del mundo, ni de la muerte, ni del infierno. Me refiero al conocimiento, salvo el conocimiento de Dios en Cristo. Uno puede saber mucho de las Escrituras, mucho de profecías, mucho de doctrina y, al mismo tiempo, estar muerto en sus delitos y pecados.

Sin embargo, hay un tipo de conocimiento que implica necesariamente la vida eterna, y ese es el conocimiento de Dios, tal como se revela en el rostro de Jesucristo. «Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado» (Juan 17:3). Ahora bien, es imposible vivir en la expectativa diaria y constante de «la venida del Hijo del Hombre» si no se conoce al Hijo del Hombre de manera experimental. Puedo tomar el registro profético y, mediante el mero estudio y el ejercicio de mis facultades intelectuales, descubrir la doctrina de la segunda venida del Señor y, sin embargo, ser totalmente ignorante de Cristo y vivir una vida de completa alienación de mi corazón de Él. ¡Cuántas veces ha sido así! Cuántos nos han sorprendido con su vasto conocimiento profético, adquirido quizá tras años de laboriosa investigación, y sin embargo, al final, han demostrado que mostraban una luz profana, una luz que no se había adquirido mediante la espera en Dios en oración. Sin duda, pensar en esto debería conmover profundamente nuestros corazones y solemnizar

nuestras mentes, y llevarnos a preguntarnos si conocemos o no a la bendita Persona que, una y otra vez, anuncia que está a punto de «venir pronto»; de lo contrario, si no lo conocemos, podríamos encontrarnos entre aquellos a quienes el profeta se dirige con las siguientes palabras alarmantes: «¡Ay de vosotros, los que deseáis el día del Señor! ¿Para qué os sirve? El día del Señor es oscuridad, y no luz. Como si un hombre huyera de un león y se encontrara con un oso; o entrara en una casa, apoyara su mano en la pared y una serpiente lo mordiera. ¿No será el día del Señor oscuridad y no luz? ¿No será muy oscuro y sin brillo? (Amós 5:18-20).

El segundo capítulo de Mateo nos ofrece una ilustración muy llamativa de la diferencia entre el mero conocimiento profético y el conocimiento de Cristo, entre el ejercicio del intelecto sobre la letra de las Escrituras y los dibujos del Padre sobre la persona de Cristo. Los sabios, manifiestamente guiados por el dedo de Dios, buscaban a Cristo con sinceridad y fervor, y lo encontraron. En cuanto al conocimiento de las Escrituras, no podían, ni por un momento, competir con los principales sacerdotes y escribas; sin embargo, ¿qué les sirvió a estos últimos su conocimiento de las Escrituras? Pues bien, los convirtió en instrumentos eficaces para Herodes, quien los reunió con el propósito de utilizar su conocimiento bíblico en su mortal oposición al Ungido de Dios. Eran capaces de citarle capítulos y versículos, como solemos decir. Pero, querido lector, mientras ellos ayudaban a Herodes con su conocimiento, los magos, guiados por el Padre, se abrían camino hacia Jesús. ¡Bendito contraste! ¡Cuánto más feliz es ser un adorador a los pies de Jesús, aunque con escaso conocimiento, que ser un escriba erudito, con un corazón frío, muerto y distante de ese Bendito! ¡Cuánto mejor es tener el corazón lleno de vivo afecto por Cristo que tener el intelecto almacenado con el conocimiento más preciso de la letra de las Escrituras! ¿Cuál es la característica melancólica de la época actual? Una amplia difusión del conocimiento de las Escrituras con poco amor por Cristo y poca devoción por su obra; una abundante disposición a citar las Escrituras, como los escribas y los principales sacerdotes, pero poco propósito de corazón, como los sabios, para abrir los tesoros y presentar a Cristo las ofrendas voluntarias de un corazón lleno del sentido de lo que Él es. Lo que queremos es devoción personal, y no la mera exhibición vacía de conocimiento. No es que subestimemos el conocimiento de las Escrituras; Dios no lo quiera, si ese conocimiento se encuentra en conexión con el discipulado genuino. Pero si no es así, pregunto, ¿qué valor tiene? Ninguno en absoluto. El conocimiento más extenso, si Cristo no es su centro, no servirá de nada; es más, con toda probabilidad, nos convertirá en instrumentos más eficaces en manos de Satanás para promover sus propósitos de hostilidad

hacia Cristo. Un hombre ignorante puede hacer poco daño, pero un hombre culto, sin Cristo, puede hacer mucho.

Los versículos que encabezan este artículo nos presentan la base divina sobre la que se fundamenta todo el conocimiento bíblico, más especialmente el conocimiento profético. Antes de que alguien pueda pronunciar su sincero amén al anuncio: «He aquí, viene con las nubes», debe, sin lugar a dudas, ser capaz de unirse al bendito estallido de alabanza: «Al que nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su propia sangre». El creyente conoce al que viene, porque Él lo ha amado y lo ha lavado de sus pecados. El creyente espera al eterno Amante de su alma. El manso y humilde que sirvió, sufrió y se despojó aquí abajo, vendrá rápidamente en las nubes del cielo, con poder y gran gloria, y *todos* los que lo conocen lo recibirán con alegres hosannas; podrán decir: «Este es el Señor, le *hemos esperado*, nos regocijaremos y nos alegraremos en su salvación». Pero, ¡ay!, es de temer que hay muchos que sostienen y discuten sobre la venida del Señor, pero que no le esperan en absoluto, que viven para sí mismos en el mundo y «se preocupan por las cosas terrenales». ¡Qué terrible es hablar de la venida del Señor y, sin embargo, cuando Él venga, *quedarse atrás*! Oh, mi querido lector, piensa en esto; y si realmente eres consciente de que no conoces al Señor, entonces te ruego que contemples cómo derrama Su preciosa sangre para lavarte de tus pecados, y aprendas a confiar en Él, a apoyarte en Él, a regocijarte en Él, y SOLO EN ÉL.

Pero si puedes mirar al cielo y decir: «Gracias a Dios, yo lo conozco y lo estoy esperando», entonces déjame recordarte lo que dice el apóstol Juan acerca del resultado práctico de esta bendita esperanza: «Todo aquel que tiene esta esperanza *en él*, se purifica a sí mismo, así como *él* es puro». Sí, este debe ser siempre el resultado de esperar al Hijo del cielo; pero no es así en absoluto con la mera doctrina profética. Muchos de los personajes más impuros, profanos e impíos que han aparecido en el mundo han sostenido, en teoría, la segunda venida de Cristo; pero no *esperaban al Hijo* y, por lo tanto, no se purificaron ni pudieron purificarse. Es imposible que alguien pueda esperar la aparición de Cristo y no esforzarse por aumentar su santidad, separación y devoción de corazón: «He aquí, yo vengo pronto (Apocalipsis 22:7) y bienaventurado el que vela (Apocalipsis 16:15)». Los que conocen al Señor Jesucristo y aman su aparición, buscarán diariamente despojarse de todo lo contrario a la mente de su Maestro; buscarán conformarse más a Él en todas las cosas. Los hombres pueden sostener la doctrina de la venida del Señor y, sin embargo, aferrarse al mundo y a las cosas del mundo con gran entusiasmo; pero el siervo sincero mantendrá siempre su mirada fija en el regreso de su Maestro, recordando Sus benditas palabras: «Vendré otra vez y os tomaré a

mí mismo, para que donde yo esté, vosotros también estéis» (Juan 14:3).

¡Qué día será aquel en que aparezca el Salvador!
¡Qué bienvenido será para aquellos que han compartido su cruz!
Entonces recibirán una corona incorruptible
Una rica compensación por el sufrimiento y la pérdida.

****Nota del editor:** El artículo anterior fue publicado en 1898, 127 años antes de este número de «Verdades para nuestros días». Si nuestro hermano Mackintosh percibió hace tantos años esta gran diferencia entre simplemente sostener intelectualmente la doctrina premilenial y una anticipación ansiosa y genuina del regreso del Señor por los suyos, ¡imaginen cuánto más apremiante y pronunciada debe ser hoy en día la delimitación en tiempo real! ¡Que todos nos encontremos en el lado de esta dicotomía que honra a Dios y asegura el alma!

Los Seres Queridos del Señor

David McKinley

Su identificación. «Los que temían al Señor» (3:16)

En una generación muy insolente, ellos se destacaban por ser diferentes. Otros decían: «¿En qué nos has amado?», «¿En qué hemos despreciado tu nombre?», «¿En qué te hemos profanado?», «¿En qué te hemos cansado?», «¿En qué te hemos ofendido?», «¿Qué hemos dicho contra ti?». Pero estas almas tenían un temor piadoso, un temor de desagradar al Dios que amaban. Su lenguaje era como el del autor del himno

*«Señor, deseo vivir como uno
que lleva un nombre comprado con sangre,
que no teme nada más que entristecerte,
y no conoce otra vergüenza».*

(Charitie Bancroft. 1841-1923)

El «temor del Señor» no es un temor servil y resentido hacia un ser superior desconocido y caprichoso. Más bien es la sumisión alegre y amorosa de un corazón agradecido, que se dolería por causar a su objeto cualquier tipo de decepción.

Su ocupación. «Hablaban a menudo entre ellos» (3v16)

Se sentían atraídos unos por otros, porque todos tenían al mismo Señor. Hablaban de Él. (Al igual que Ana en el templo: «Ella hablaba de Él a todos los que esperaban la redención en Jerusalén» (Lucas 2:38). ¿De qué hablamos con más facilidad? ¿Del tiempo?

¿Del precio de la gasolina? ¿De las noticias del día?
¿Nos resulta fácil hablar de Él? Cómo anhelamos
alcanzar la condición espiritual de Charles Wesley,
cuando escribió:

*«Mi corazón está lleno de Cristo y anhela
de proclamar sus gloriosas obras.
De Él hago mis canciones más elevadas,
y no puedo dejar de alabarlo;
Mi lengua ágil se apresura a cantar
Las glorias de mi Señor y Rey».*

Hay cosas de las que el Señor nos **prohíbe** hablar: «Y no participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas. Porque es vergonzoso siquiera mencionar lo que ellos hacen en secreto». (Efesios 5:11-12). Hay cosas de las que el Señor nos dice **que no es provechoso hablar**: «Pero evita las preguntas necias, y las genealogías, y las contiendas, y las disputas acerca de la ley, porque son inútiles y vanas». (Tito 3:9). Gracias al Señor, Él nos dice **de qué es bueno hablar**: «Habla lo que es conforme a la sana doctrina» (Tito 2:1). «Hablando la verdad en amor» (Efesios 4:15). «Hablando entre vosotros con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestro corazón» (Efesios 4:19). ¿Sobre qué cantamos?

*Cantaremos al Pastor que murió,
que murió por el bien del rebaño;
Su amor fue puesto a prueba hasta el extremo,
Pero permaneció firme como una roca.
Solo cantaremos sobre estos temas.
Nuestras lenguas no hablarán de otra cosa,
Hasta que su amor sea plenamente conocido
En aquellas brillantes regiones de alegría.*
(Thomas Kelly. 1769 - 1855)

El agradecimiento de Dios. «El Señor escuchó y oyó» (3 v. 16).

Para nosotros es algo solemne recordar que cada palabra que pronunciamos es escuchada por Dios, pero es algo dulce para Dios cuando nuestra conversación es loable y trata de cosas queridas para su corazón. La peregrinación de nuestro Señor en la tierra se caracterizó por la declaración que hizo a los doce años: «¿No sabíais que yo debía ocuparme de **los asuntos de mi Padre?**» (Lucas 2:49). El Padre encontró un deleite perfecto en la inquebrantable concentración de su Hijo en «los asuntos de mi Padre». El Señor habló de «la adoración **de mi Padre**» (Juan 4:23). Qué privilegio tenemos de unir nuestro espíritu al Gran Espíritu Eterno en adoración. Él habló de «la casa **de mi Padre**» (Juan 14:2). Nuestro Padre aprecia que hablemos del cielo, nuestra morada eterna.

*«Oh, haznos más santos
en espíritu puro y manso:
Más parecidos a los ciudadanos celestiales
Cuanto más hablamos del cielo».*
(Mary B. Peters, 1813-1856)

Él habló del **«honor de mi Padre»**. Él aprecia que busquemos honrar a Dios en nuestras actividades de asamblea y en nuestras transacciones comerciales. Él habló de «la voluntad **de mi Padre**» (Jn 5, 30). Él aprecia que juntos busquemos simplemente llevar a cabo la palabra de Dios, tanto a nivel personal como colectivo. Él habló de «la obra **de mi Padre**» (Jn 5, 17). Él aprecia nuestra participación en su servicio. Hay mucha actividad en el mundo evangélico que se promociona como «servicio», pero lo que el Padre aprecia es el servicio humilde en consonancia con su voluntad. Es bueno no solo hablar entre nosotros sobre la obra, sino también disfrutar de la comunión en su cumplimiento como «colaboradores de Dios» (1 Cor 3, 9).

El elogio de Dios. «Un libro de memoria fue escrito delante de Él» (3:16).

Lo que conversaron fue tan apreciado por el Señor que lo hizo registrar para su crédito. ¿Qué hay de nuestras conversaciones? ¿Qué se ha registrado y se está registrando de nuestras conversaciones que nuestro Señor, que siempre escucha, valora cuando nos reunimos? ¿Es el contenido «todo lo que es honesto, todo lo que es justo, todo lo que es puro, todo lo que es amable, todo lo que es de buen nombre; si hay alguna virtud, si hay algo digno de alabanza»? Job dijo: «Mi registro está en lo alto» (Job 16:19), y Dios lo apreció tanto que lo escribió en las Escrituras para que lo leyéramos. La reprimenda de Dios a los tres amigos de Job fue: «No habéis hablado de mí lo que es justo, como lo ha hecho mi siervo Job» (Job 42:7).

La evaluación de Dios. «Serán míos, dice el Señor de los ejércitos, en el día en que yo haga mis joyas» (3:17). Las personas cuyo único interés es el Señor y sus cosas son valoradas por el Señor como su «tesoro especial» ahora, pero él tiene el propósito de mostrarlas en «ese día». Por lo general, cuidamos bien todo aquello por lo que pagamos mucho dinero y apreciamos que otros expresen su admiración por ello. Dios ha pagado el precio más alto por nosotros, incluso «la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación» (1 Pedro 1:19). Él aprecia su adquisición ahora y, en un día venidero, mostrará a todo el universo maravillado el tesoro por el que pagó tanto. ¡Qué perspectiva gloriosa para nosotros, que antes éramos «por naturaleza hijos de ira, como los demás»!

«Y los entendidos resplandecerán como el resplandor del firmamento; y los que enseñan la justicia a la

multitud, como las estrellas por toda la eternidad» (Dan. 12:3).

La preservación de Dios. «Y los perdonaré, como un hombre perdona a su hijo que le sirve» (3:17). Los preciosos son preservados. Los fieles son favorecidos. Los piadosamente obedientes son protegidos por un Dios bondadoso, que en su gracia nos ha hecho hijos por adopción. «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?» (Romanos 8:31).

*Aunque los hijos de la noche blasfemen
somos más que ellos;
Con Dios a nuestro lado, no podemos temer;
¡Temed, demonios, porque Cristo está aquí!
Mirad, a la vista iluminada de la fe,
¡toda la montaña arde en llamas!
El infierno está cerca, pero Dios está más
cerca,
rodeándonos con huestes de fuego.
(Chas. Wesley 1707 - 1788)*

Su percepción. «Entonces volveréis y discerniréis entre el justo y el impío, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve» (3v 18). Los que temen al Señor y se mantienen firmes en sus consejos tendrán un discernimiento agudo en las cosas divinas. Vivimos en una época en la que hay un gran impulso para cambiar las prácticas de la asamblea. Los insolentes clamarán por la introducción de nuevas ideas y, si se les resiste, exigirán versículos y capítulos para todas nuestras prácticas en la vida de la asamblea. Estamos de acuerdo en que debemos tener principios y preceptos bíblicos sólidos que nos guíen e instruyan a todo aquel que busca sinceramente la verdad. Pero los piadosos tendrán un «sentido» de lo que está bien y lo que está mal, debido a que viven en la atmósfera de la presencia del Señor. ¿Podemos recurrir a un texto que nos guíe exactamente sobre cómo proceder en nuestra reunión de conmemoración? ¿Por qué dedicamos tanto tiempo a diversas formas de adoración audible, a la oración y al canto o a la lectura devocional, antes de partir el pan? ¿No es acaso que los hombres piadosos con mucho discernimiento espiritual desarrollaron esta práctica de acuerdo con 1 Corintios, capítulos 12 a 14? Corremos el riesgo de perder mucho de lo que es precioso si empezamos a alterar las prácticas desarrolladas por los hombres y mujeres de la congregación de antaño, que temían al Señor por encima de muchas cosas.

Su protección. «He aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán como hojarasca; y el día que viene los quemará, dice Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama» (4 v 1).

¿Se avecina un tiempo de juicio y escrutinio! Dios se levantará para contender con sus enemigos. Habrá un escrutinio muy minucioso y exhaustivo de todos los que muestran rasgos del maligno (orgullo y maldad), pero ¿afectará esto a los seres queridos de Dios? ¡En verdad que no! Ellos disfrutarán de la protección de Aquel a quien reverencian y sirven.

Su expectativa. «Pero para vosotros que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación» (4 v 2). El día de gloria que se avecina amanecerá para el remanente piadoso y, de toda su aflicción y persecución, el brillante amanecer del regreso del Mesías los liberará. Todas las penas serán sanadas instantáneamente por el Rey justo que reclamará su trono e instituirá su gobierno divino sobre un Israel bendito y a través de los vastos imperios de un mundo que gime.

¿Y cuál es nuestra esperanza? La Estrella de la Mañana se levantará para llamarnos fuera de esta tierra maldita por el pecado antes de que los rayos de la ira de la Tribulación comiencen a sacudir este mundo de polo a polo. ¡Qué perspectiva tan brillante! Qué gracia es tener la seguridad de que «cuando Cristo, nuestra vida, se manifieste, entonces también vosotros seréis manifestados con él en gloria» (Colosenses 3:4). Qué glorioso es que, cuando seamos arrebatados, estaremos donde Él está. Estaremos con Él en todo su programa futuro. «Así estaremos siempre con el Señor» (1 Tesalonicenses 4:17).

La exhortación de Dios. «Acuérdete de la ley de Moisés, mi siervo, que le mandé en Horeb para todo Israel» (4:4). Para los últimos días de la antigua dispensación, ¿qué se necesitaba? ¿Algo nuevo y novedoso? ¡No! Era «¡Volver al Libro!» Era volver a los oráculos sagrados originales dados por Dios más de 1000 años antes. ¿Qué necesitamos para los últimos días del período de la Gracia? Lo mismo: volver a lo original. Volver a la sencilla enseñanza apostólica ordenada por Dios hace casi 2000 años; volver a las preciosas verdades redescubiertas y reinstauradas con alegría como testimonio de un Señor ausente por hombres piadosos de hace unos 190 o 200 años. En estos días de Laodicea necesitamos un sencillo y humilde retorno a la fe obediente que nuestro Señor mismo mostró mientras estuvo en la tierra. Él fue «obediente hasta la muerte, incluso hasta la muerte en la cruz». El amor indiviso por su Padre produjo una obediencia inquebrantable a la voluntad del Padre. Hoy en día no necesitamos planes y programas extraídos de la confusión religiosa de Babilonia. Necesitamos enormemente el temor piadoso que caracterizó a estos santos antiguos, renovado en nuestros corazones mientras esperamos la consumación de nuestras esperanzas en su gloriosa aparición.

